

La espiritualidad salesiana en lo cotidiano

Juan Vecchi – Rasgos de Espiritualidad Salesiana
Cap. 5

La espiritualidad salesiana ha sido sintetizada en algunas fórmulas breves como las que usaba Don Bosco para los muchachos. Es una costumbre de familia: simplificar, unir, ayudar a recordar. La síntesis mística está resumida en el lema: Da mihi animas. La pedagógica de nuestra espiritualidad es: razón, religión y amorevolezza. Se refiere no sólo a la relación con los jóvenes, sino a la forma de formarse del educador apóstol. La fórmula devocional es Jesús Sacramentado, María Auxiliadora y el Papa.

¿Cuál es el programa práctico, que se debe vivir todos los días y a largo plazo? Trabajo, oración, templanza.

Las tres palabras, populares, casi proletarias, corresponden a las tres dimensiones que el documento Vita Consecrata (VC) indica como indispensables en toda espiritualidad: **la contemplativa, la apostólica, la ascética.**

Debemos ahondar el contenido tradicional y actual, para nuestro provecho y como "brújula" práctica para nuestra tarea.

Veámoslas una por una.

1. Contemplativos en la acción.

Según VC, de la contemplación tienen necesidad todos y siempre: los teólogos, para poder valorizar plenamente el alma sapiencial y espiritual de su ciencia; los que se dan a la oración, para que no olviden nunca que ver a Dios significa descender del monte con un rostro tan radiante que obligue a cubrirlo con un velo los que se comprometen, para no encerrarse en una lucha sin amor y sin perdón.¹

Esto quiere decir que la contemplación no coincide con el estudio de las cosas sagradas, si bien sacará ventajas de él. Quiere decir que incluye la oración, pero va más allá: la contemplación, lo que entre nosotros tradicionalmente se llamaba unión con Dios, sentido y alegría de su presencia, relación filial con Él.

Respecto de ella, se entrevén muchas cuestiones que debemos profundizar: qué significa contemplación, los lugares aptos y preferibles según las diversas experiencias espirituales. He tenido la oportunidad de confrontar estos conceptos "contemplativos" a propósito de nuestra espiritualidad de la acción. Me doy cuenta de que no son superfluas algunas explicaciones para tomar conciencia de cuál debe ser nuestra forma de orientar hacia una práctica convincente.

Debemos cuidar dos lugares, poniendo gran atención a su unidad, como si estuviesen comunicados, para dar por cierta la definición de contemplativos en la acción: la oración y la acción.

Una de las preguntas más serias que se hacen cuando se propone una espiritualidad, se refiere a la oración. Hoy, un conjunto de fenómenos la hacen surgir, no sólo como expresión de la fe cristiana, sino también como satisfacción de una necesidad del hombre. No son pocos los que, con diversas clases de fe, y hasta sin ninguna, buscan una cierta forma de oración en las técnicas orientales o en formas nuevas de religiosidad.

¹ JUAN PABLO II, Vita Consecrata, 38.

En la Iglesia se han multiplicado las escuelas de oración, dirigidas por obispos o sacerdotes. Se reúnen una vez al mes o semanalmente en los tiempos de cuaresma y adviento, para leer la Escritura, recitar los salmos, orar en silencio. El movimiento de renovación en el Espíritu ha hecho de la oración su punto distintivo; y el de "Taizé" invita a los jóvenes a la experiencia de la contemplación.

Se ofrecen por todas partes las jornadas de "monasterio". El monasterio está considerado como un lugar social de reflexión y de manifestaciones artísticas vinculadas a lo espiritual. Ha sido muy seguidas por la TV las "reuniones de oración" interreligiosas (cristianos, judíos, musulmanes) por las grandes causas, como la paz. En casi todas las celebraciones unidas a acontecimientos religiosos se incluye una vigilia de oración. En una palabra, parece que el mundo y la persona sienten una necesidad urgente de ponerse en contacto con otras realidades que no sean la computadora, las máquinas, los balances, las producciones, las cuentas y otras cosas semejantes.

Idéntica tendencia, al mismo tiempo significativa y ambigua, se da en la religiosidad juvenil. Hay grupos de jóvenes que buscan profundidad de oración y maestros que los guíen. Para ellos se están multiplicando los lugares de oración: oasis, casas de retiro, "tiendas".

Un cierto número hace una experiencia fugaz que no echa raíces. Tal vez buscan satisfacción personal, como probar algo "diverso", algo insólito. Pero no falta nunca un cierto deseo de encontrar "sentido", o un elemento estabilizador y tranquilizante para su propia vida.

Nuestra pastoral juvenil se ha preocupado de dar respuesta a la demanda de los jóvenes. Para ellos se han propuesto caminos actualizados de oración. Ha renacido hoy una producción abundante de libros de meditación y de oración para todas las circunstancias (fiestas, acampadas, encuentros, deportes, momentos de alegría y también para momentos de sufrimiento). Particularmente los movimientos eclesiales se han dado su propio estilo de oración, con sus correspondientes textos y colecciones de cantos: todo bajo el signo de la "personalización", de la calidad bíblica, de la participación.

Estos hechos nos interpelan en primer lugar como religiosos. En la mentalidad popular, el religioso es uno que practica y gusta la oración, que sabe orar y se dedica a ello.

Nos interpelan más aún como educadores – evangelizadores. A nosotros nos toda iniciar a los jóvenes en esa actitud cristianísima que se llama PIEDAD. Si no se quiere reducir el Evangelio a una teoría religiosa, a una explicación intelectual sobre Dios, se deben arraigar actitudes de afecto hacia el Padre con las correspondientes expresiones.

Los salesianos/as en general han recibido favorablemente los estímulos que venían del ambiente y de la Iglesia: muchas cosas se han mejorado en la oración de la comunidad. Y hay ejemplos admirables de orantes: pienso en los enfermos y en los ancianos.

Por otra parte, resultan difíciles, para quienes están cargados de responsabilidades, la actitud y la práctica de la oración regular y comprometida. Su tipo de vida, en efecto, no lleva a la oración ni está pensada en función de ella. Parece orientado más bien a actividades seculares, escuelas, ambientes juveniles, relaciones sociales, organización. Todo esto los expone a imprevistos, a acumular compromisos que no favorecen la calma y la regularidad.

Este tipo de vida reproduce el de Don Bosco: su actividad multiforme y continua parecía sustraerle de la oración explícita abundante que se encuentra en todas las biografías de los santos: "En materia de oración propiamente dicha –decía el Promotor de la fe en el proceso de beatificación– de la que se han cuidado al máximo todos los fundadores de las nuevas congregaciones, en Don Bosco no encuentro, puede decirse, nada. ¿Cómo puede llamarse heroico a uno que ha estado

tan carente en lo que se refiere a la práctica de la oración vocal? En la vida de los santos no se ha visto nada semejante precedentemente”.²

A esto se añade la dificultad intrínseca de la oración, que no consiste sólo en concentrarse, en entrar en sí mismo, o en hablar con un interlocutor invisible que no responde, sino también en el hecho de que la oración es el espejo de la fe vivida y de la atención que Dios recibe en nuestra vida. “La oración es la síntesis de nuestra relación con Dios. Podríamos decir que nosotros somos lo que oramos. El nivel de nuestra fe es el nivel de nuestra oración; la fuerza de nuestra esperanza es la fuerza de nuestra oración; el ardor de nuestra caridad, es el ardor de nuestra oración. Ni más ni menos”.³

Por nuestro modo de hablar descubrimos enseguida el grado de confianza que tenemos con una persona. Con un amigo hablamos de cualquier cosa y con facilidad. Frente a un extraño no nos vienen ni argumentos ni palabras. Lo mismo sucede cuando nos ponemos ante Dios.

A algunos les parece que, entre los salesianos/as, no hay una iniciación a la oración, que nadie los ha introducido o guiado en su práctica. Por eso, se nota entre ellos una fuga hacia grupos o movimientos que la ofrecen de forma más emotiva y participada.

Es legítimo entonces preguntarse cómo es la oración del salesiano, hombre dado a la actividad educativa y pastoral.

Él tiene dos modelos para comprender cómo debe ser su oración: Jesús Pastor y predicador del Reino y Don Bosco.

San Lucas nos habla abundantemente de la oración de Jesús y de sus enseñanzas sobre la misma. Pero aun antes de presentarnos a Jesús en actitud de oración, envuelve todo el relato de su suceso en un clima de invocación, alabanza, acción de gracias y petición. Su nacimiento y su infancia quedan como encuadrados en cuatro cánticos de alegría, esperanza y alabanza: el de Isabel, de María, de los Ángeles y de Simeón. La muerte sugiere a Cristo la oración: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”.⁴ “En tus manos encomiendo mi espíritu”.⁵

Es una indicación sobre cómo mirar y ver los acontecimientos de salvación. Los que oran logran ver el alcance de los acontecimientos, que para otros no se salen de la normalidad, o tienen un significado negativo.

Los principales momentos de su misión están marcados explícitamente por la oración.

En la oración, durante el bautismo, recibe públicamente la investidura pública y el beneplácito del Padre: “Mientras Jesús, después de haber recibido el bautismo, estaba en oración, se abrió el cielo y bajó el Espíritu Santo sobre Él en forma de paloma, y vino una voz del cielo: Tú eres mi Hijo...”.⁶

Un largo período de oración, acompañado del ayuno en el desierto, le da el sentido de su obra y la fuerza para resistir las tentaciones que le querrían llevar a orientarla de forma diversa de la que el Padre quiere.⁷

Antes de elegir a los discípulos, pone en las manos del Padre la decisión y aquellos a los que va a elegir: “En aquellos días, Jesús subió a la montaña a orar y pasó la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, eligió a doce de ellos...”.⁸

² P. BROCARD, Don Bosco, profundamente hombre, profundamente santo. Editorial CCS, Madrid, 1988, pág. 119.

³ C. CARRETTO, Lettere dal deserto, La Scuola Editrice, Brescia, 1964, pág. 47.

⁴ Lc. 23, 33.

⁵ Lc. 23, 46.

⁶ Lc. 3, 21-22.

⁷ Lc. 4.

⁸ Lc. 6, 12-13.

Su oración obtiene del Padre la confesión de Pedro... y la sostiene en los momentos de prueba: "He rezado para que tu fe no desfallezca".⁹

La transfiguración tiene lugar en un momento de intensa conversación con el Padre. Y en esta actitud su humanidad aparece a los ojos de los apóstoles como era realmente.¹⁰

Muchos milagros van precedidos o acompañados de un gesto de oración: la multiplicación de los panes, la curación del ciego de nacimiento, la expulsión de los demonios, la resurrección de Lázaro.

La última gran oración es un testamento, una mirada a su existencia: reúne los motivos de su vida y de su muerte.¹¹ su posición crítica frente al mundo, su total disponibilidad al designio del Padre, el amor a los suyos, la preocupación por la unidad y la perseverancia de todos los que participan en su obra de salvación, su propósito de fidelidad.

La oración en el huerto y en la cruz es la aceptación de los hechos como venidos de la voluntad de Dios, más que de la malicia de los hombres. Con ella entrega la vida en las manos del Señor.

La oración de Jesús aparece así como una actitud constante, interior, que se manifiesta en expresiones espontáneas de alegría,¹² de acción de gracias,¹³ de invocación, de disponibilidad, de reflexión. Sobre el fondo de todas estas expresiones, hay una sola palabra: **Padre**, "Te bendigo, Padre".¹⁴ Para estar con el Padre, encuentra también tiempos y sitios aptos para una conversación tranquila: los montes, el desierto, la noche, los lugares solitarios, la compañía de pocos amigos.

Pero la verdadera oración es la vida que se desarrolla según la voluntad del Padre y al servicio de los hombres.¹⁵ Por eso, su enseñanza a los discípulos se concentra en cuatro recomendaciones, cuya unidad no todos entienden:

- *Oren siempre, sin interrupción:*¹⁶ no se trata de decir siempre oraciones, sino de hacer de cada momento de la vida una invocación al Padre.
- *Cuando oren no digan muchas palabras...*¹⁷ esto es típico de los paganos. Ellos creen que los dioses llegan a conocer nuestros problemas y sentimientos sólo si nosotros se los decimos;¹⁸
- En la sustancia y en lo profundo de cada palabra y opción haya siempre una palabra, un sentimiento: "Padre". Cuando oren, digan: "Padre nuestro que estás en el cielo...".¹⁹ El valor y el fundamento de cada palabra es la relación y el lugar que damos a Dios en nuestra vida;
- Hay que orar "en Espíritu y en verdad".²⁰ La intensidad y la autenticidad de la oración se manifiestan en una vida puesta al servicio de Dios y de los hermanos.

⁹ Lc. 22,32.

¹⁰ Lc. 9, 28-29.

¹¹ Jn. 17.

¹² Mt. 11, 25-26.

¹³ Jn. 11, 41-42.

¹⁴ Mt. 11, 25.

¹⁵ Mt. 7, 21.

¹⁶ Lc. 21, 36.

¹⁷ Mt. 6, 7.

¹⁸ Mt. 6, 9.

¹⁹ Jn. 4, 23.

²⁰ Jn. 4, 23.

Don Bosco y María Mazzarello copiaron a Jesús Pastor esta modalidad. Descubrieron el carácter de oración que tiene la acción apostólica y caritativa, cuando se hace según la voluntad y en la presencia de Dios. Esto, por otra parte, era ya conocido por los místicos.

Para Santa Teresa “la oración es tratar como amigos con Dios...”. Comprende la totalidad de la vida sea cual sea la ocupación del momento; se puede hablar con Él, trabajar por Él, pensar en Él, sufrir por Él.

Por eso, siempre según Santa Teresa, la oración prepara el encuentro con Dios en la acción: “la oración mental no es otra cosa que tratar de amistad, encontrándose frecuentemente con quien se ama... no para gozar, sino para acumular energías para servir”. Por esto, la acción la sustituye con ventaja en determinados momentos: “Dejar de estar a solas con Él para dedicarse a una de estas dos cosas (hacer o padecer) le causa agrado”.

Pero hay que decir que los salesianos/as conocen poco acerca de la vida de oración de Don Bosco. Se repite que “era la unión con Dios”. Pero si preguntásemos a cada salesiano si Don Bosco ha sido para él Maestro de oración como lo fue, por ejemplo, de pedagogía, tal vez no pocas respuestas serían negativas. El camino a través del cual Don Bosco ha progresado en la oración activa es ciertamente menos conocido y comentado que el que le ha llevado a madurar el Sistema Preventivo. De este últimos conocemos y difundimos anécdotas y máximas; del primero, en cambio, tenemos una imagen un tanto genérica.

Las biografías dejan amplio espacio a su genio creativo y añaden algunas páginas ejemplares sobre sus momentos matinales de oración.

Hay un “clásico” de la literatura salesiana en el que se hace un esfuerzo de observación más cuidada de la vida mística de Don Bosco. Es “Don Bosco con Dios”, de Eugenio Ceria. A través de él, se ve que ha insistido con frecuencia en la necesidad para los salesianos/as de la oración mental y vocal: “La oración... he aquí la primera cosa. No se empieza bien sino desde el cielo. La oración es para nosotros como el agua para el pez, el aire para el pájaro, la fuente para el ciervo, el calor para el cuerpo”.²¹

Sería un error representarnos a Don Bosco, diciendo siempre oraciones vocales, como sería erróneo imaginar que no hubiera en él expresiones externas de piedad. Pero lo que más se admiraba en él era lo que comenta Don Ceria: “En Don Bosco, el espíritu de oración era lo que en el buen capitán es el espíritu marcial, en el buen artista el gusto, en el científico el espíritu de observación: una disposición habitual del alma que actuaba con facilidad, constancia y gran gozo”.²²

Hay, pues, en él una fusión natural y serena entre acción y oración. La vida no se divide entre la una y la otra: “La diferencia específica de la piedad salesiana consiste en saber hacer del trabajo oración... Ésta es una de las características más bellas de Don Bosco”.²³

A continuación de estos dos “modelos”, el salesiano/a debería llegar a ser “un orante” como todo religioso. Pero debe hacerlo “sumergido en el mundo y en las preocupaciones de la vida pastoral”,²⁴ “en una laboriosidad incansable santificada por la oración y la unión con Dios”.²⁵

Para indicar esto, en nuestro vocabulario se usan dos expresiones: ser contemplativos en la acción y celebrar la liturgia de la vida.

²¹ P. BROCARD, Don Bosco, profundamente hombre, profundamente santo. Editorial CCS, Madrid, 1988, pág. 121.

²² Ib. Pág. 121.

²³ Ib. Pág. 128.

²⁴ Const. SDB, 95.

²⁵ Ibid. 95.

Ser **contemplativos en la acción** es una expresión clásica de la espiritualidad ignaciana, aplicada a Don Bosco por Don Rinaldi. Dice, con otras palabras, lo que hemos comentado en la meditación sobre la figura de Don Bosco: "Caminar en este mundo como quien ve al Invisible".

Pero, ¿cómo se "contempla" en la acción? He aquí algunas indicaciones.

Mantengamos viva, en nuestro trabajo, la conciencia de que somos instrumentos de la acción de Dios a favor de los jóvenes. De nuestros esfuerzos, de nuestros gestos de servicio, de nuestras palabras, se sirve el Señor para hacerse sentir en la vida de los jóvenes y despertar en ellos el deseo de ser "más". Nosotros no llegamos a su corazón ni a su conciencia. Pero nuestra presencia, nuestra voz, son la puerta a través de la cual Dios se comunica con ellos.

Habituémonos, luego, a descubrir la presencia del Espíritu en la vida de los hombres, particularmente de los jóvenes. Unámonos a la obra que Dios está llevando a cabo, agradeciéndole, gozando, intercediendo. Si nuestras distracciones se refieren a los problemas y a las esperanzas de la gente, podemos incorporarlas en nuestras oraciones. Según Santa Teresita, las distracciones son como los niños que distraen a los padres durante la misa. Basta juntarles las manos y hacerles mirar hacia el altar.

Más aún: démonos plenamente al servicio de los jóvenes aceptando sus exigencias cotidianas, siguiendo el ejemplo del Buen Pastor; así participaremos de la paternidad de Dios, obrando como Él a favor de la vida, desde las formas más elementales (comida, casa, instrucción), hasta las más altas (revelación del Evangelio, vida de fe).

La otra expresión sintética de la oración salesiana es **celebrar la liturgia de la vida**. En el documento del que fue tomada, la Constitución Apostólica *Laudis Canticum*, se refiere a todos los cristianos que ofrecen su vida a Dios ya los hombres, incorporándola a la existencia de Cristo sacerdote.

Es una de las presentaciones más hermosas y más verdaderas del culto cristiano, que va más allá del rito y de las ceremonias, y hace del hombre el templo de Dios y de su existencia la adoración y la alabanza al Señor.

Puede ser meditada y profundizada, siguiendo muchas pistas: "los exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios a ofrecer sus cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios: ¡éste es su culto espiritual!".²⁶

"Todo lo que hagan, de palabra y de obra, háganlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando por medio de Él gracias a Dios Padre".²⁷

La han tomado como "regla" de oración para los salesianos/as las Constituciones de los dos institutos.²⁸ En efecto, es particularmente aplicable a la circunstancia o situación "educativa".

En la Semana de Espiritualidad de la Familia Salesiana de 1980 ("El Sistema Preventivo, vivido como camino de santidad"), se hablaba del encuentro con Dios a través de dos tipos de mediaciones, incluidas en un único movimiento: las "celebrativo-rituales" y las "práctico-técnicas". Subrayaba la importancia de estas últimas en la experiencia espiritual salesiana.²⁹

En una palabra, "trabajo y oración, fundidos en el sacramento total de la vida orientada hacia Dios y movida por la caridad". Unión de oración y unión de vida con Dios son dos movimientos del mismo corazón. Las dos tienen ritmos y formas propias. "La unión de oración celebrada

²⁶ Rm. 12, 1.

²⁷ Col. 3, 17.

²⁸ Const. SDB 95; Const. FMA 8.

²⁹ Il Sistema Preventivo, vissuto come cammino di santità. Settimana di Spiritualità della Famiglia Salesiana, 1980. *La prassi educativo-pastorale del salesiano, "luogo" abituale del suo incontro con Dio*, di R. Tonelli, p. 36-51.

interrumpe las relaciones con las criaturas para concentrar toda la atención directamente sobre la luz y sobre la vida íntima de Dios. La 'unión práctica' se realiza en el corazón mismo de la vida corriente, en el tejido de las relaciones humanas".³⁰

No es infrecuente encontrar todavía textos en los que la experiencia espiritual es concebida como un "antes" y un "aparte" preparatorio, en el que tiene lugar el encuentro con Dios; y un "después" en la acción, en la que invertimos y, en cierto sentido, consumimos útilmente la luz y la energía recibida.

En el Sistema Preventivo hay continuidad sin ruptura entre los dos momentos; es más, los dos se unen en un punto de conjunción ulterior: la caridad. Y, para nuestro tipo de caridad educativa pastoral, el momento de la acción es principal como carga y manifestación. Por eso, Don Egidio Viganó prefería la expresión de San Francisco de Sales: el éxtasis de la acción.

Lo expresa un texto de los salesianos: "Educar a los jóvenes en la fe es, para el salesiano, trabajo y oración. Es consciente de que, trabajando por la salvación de la juventud, vive la experiencia de la paternidad de Dios. (...) Don Bosco nos enseñó a reconocer la presencia operante de Dios en nuestro quehacer educativo y a sentirla como vida y amor. (...) Creemos que Dios nos está esperando en los jóvenes para ofrecernos la gracia del encuentro con Él y disponernos a servirle en ellos, reconociendo su dignidad y educándolos en la plenitud de la vida. La tarea educativa resulta ser, así, el lugar privilegiado de nuestro encuentro con Él",³¹ y de la contemplación de su obra en la vida del hombre.

Quien educa está llamado a reconocer a Dios que obra en la persona humana y a ponerse a su servicio. Algo semejante a lo que debió de hacer María, para que en la humanidad de Jesús se manifestase en forma histórica la conciencia divina. María debió acompañarlo y sostenerlo con el alimento, el afecto, el consejo, la enseñanza de la lengua y las tradiciones, la inserción en las relaciones humanas, la iniciación en el universo de los gestos y de las palabras religiosas, sin saber a ciencia cierta qué se habría de revelar en aquel Hijo suyo.

Hay un diálogo misterioso entre cada joven y lo que le llega desde fuera, lo que surge dentro de él, lo que descubre como imperativo, gracia o sentido. Poco a poco va adquiriendo plena conciencia de sí, va elaborando un proyecto de existencia en el que apuesta sus fuerzas y se juega sus posibilidades.

El educador está llamado a ofrecer todo lo que cree oportuno, viviendo con esperanza las incógnitas del futuro. Se interesa sinceramente de lo humano incierto que crece. De hecho, en él Dios será recibido y también, en fuerza del crecimiento, se manifestará con luminosidad cada vez mayor.

Quien educa, pues –padre, amigo o animador- mantiene viva la conciencia de que él toma parte en la fiesta del encuentro de Dios con los jóvenes. Es el amigo del esposo, no protagonista, sino ayuda y espectador activo, como María en las bodas de Caná. En las Constituciones de las FMA se lee que la asistencia "es atención al Espíritu Santo, que actúa en cada persona".³²

Precisamente en la fe que entrevé el obrar de Dios, en la esperanza que espera su manifestación en la vida de los jóvenes, y en la caridad que se pone a disposición del joven y del esposo, se desarrollan y se viven como oración los momentos educativos de alegría, de esperanza, de dolor, de esfuerzo, de aparente fracaso. Se dan gracias, nos alegramos, nos alimentamos, se intercede, se desea, se invoca.

³⁰ P. BROCARDO, 'Don Bosco profeta di santità per la nuova cultura' in *Spiritualità dell'azione* (M. Midali), LAS, Roma, 1977, pág. 197.

³¹ CG 23, 95.

³² Const. FMA 67.

La celebración litúrgica tiene un Kyrie, un Gloria, un Credo, un ofrecimiento, un espacio simbólico, una comunidad, tiempos de penitencia y de alegría. Así la liturgia de la vida tiene momentos de resultados gratificantes y de desilusión, de iniciativa y de espera, de soledad y de compañía. Hay un espacio (patio, escuela, barrio!) y hay personas que amar y con las cuales colaborar de corazón (la comunidad educadora).

Todo este conjunto, visto a la luz de la presencia operante de Dios, se vuelve contemplación. Sucede como en la comunicación entre personas que se conocen bien: un sentimiento que se puede expresar con palabras, con un gesto, con un don, con una mirada, con un silencio, con una visita, con un mensaje.

Se trata –diría San Agustín- “de tomar en una mano el salterio de las obras buenas y con él cantar las alabanzas del Señor”.

Pero hay una relación entre actitud continua de oración y ejercicios de oración, entre oración-palabra y oración-vida, entre oración explícita y oración dilatada en la jornada, entre liturgia celebrada y liturgia de la vida.

Tal vez en esta relación es donde se encuentran las dificultades y, al mismo tiempo, la riqueza del salesiano. Y, por lo tanto, el punto fundamental de su formación espiritual-apostólica.

Los dos elementos o aspectos son importantes: el uno para el otro; ambos para la estabilidad y plenitud de la vida de cada cristiano. Quien deja el uno, pierde el otro.

La relación entre ellos es diversa según el “tipo” de vida. Ya en el origen mismo de nuestros Institutos se declara: “La vida activa a que mira la Sociedad hace que los socios no puedan dedicarse a muchas prácticas de piedad en común. Suplan, pues, a todo esto los Socios, sino unos para otros luz de buen ejemplo y cumpliendo con perfección los deberes generales del cristiano”.³³ Es un texto que debe ser interpretado, colocándolo en su propio “tiempo”.

Lo que sugiere requiere aprendizaje y tiempos especiales de concentración. “Muchos creen que la oración viene por sí sola y no quieren saber nada de su ejercicio, pero se equivocan”.³⁴

La oración debe brotar “naturalmente”, dicen algunos; pero todo lo que nosotros hacemos con mucha naturalidad es resultado de un largo ejercicio: jugar, caminar, tocar un instrumento. La práctica regular personal y la participación asidua en la oración comunitaria son indispensables.

Hay necesidad de una iniciación tranquila y progresiva en las diversas formas de oración: vocal, mental, lectura, silencio, contemplación, fórmulas, creatividad. Hace falta practicarlas en diversas situaciones y momentos, hasta impregnar de ellas la vida de modo que la oración entre y salga de nosotros por muchos caminos y de mil formas.

El ejercicio arraiga la costumbre; la regularidad es determinante; todas las cosas importantes en nuestra vida tienen un horario, un tiempo reservado; si un día no las podemos hacer en el horario acostumbrado, buscamos enseguida otro. Así hacemos para comer, dormir, lavarnos.

Las mediaciones comunitarias son indispensables para nosotros: los lugares, los tiempos, las formas, la comunidad. Digo “para nosotros”, para quienes el estilo comunitario recubre todas las dimensiones de la vida. Para otros puede ser diverso. Pero se requiere también la aplicación personal. El resultado y la modalidad de esta aplicación son diversos. Cada uno tiene su modo de orar, como tiene su modo de hablar, caminar y mirar. En esta clave hay que interpretar la mayor o menor emotividad, las distracciones, las preferencias por la reflexión o las fórmulas, los períodos de cansancio.

³³ Constituciones SDB, 1858.

³⁴ R. GUARDINI, *Lettere su autoformazione*, Morcelliana, Brescia, 1958, pp. 75-91.

Pero la oración es un don. Cristo es el único orante. Él nos incorpora a su oración en el Espíritu. Nosotros no sabemos ni qué decir ni cómo decirlo. El Espíritu pone en nuestros labios lo que nos conviene pedir.

“El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. El que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios”.³⁵

Con frecuencia, los libros hablan de la oración como de una capacidad que hay que adquirir con esfuerzos propios, como una ciencia o una habilidad... Nos sentimos perdidos por caminos intrincados y de nuevo el deseo de poder orar queda frustrado. “Señor, enséñanos a orar”.

Nuestra vida tiene necesidad de integrar reflexión y praxis, estudio y actividad, silencio y encuentro, si bien para nosotros esto no esté unido a una rígida alternancia de tiempos. Y esto en las condiciones actuales de vida en que estamos más expuestos a la multiplicidad, al desgaste, al sobreponerse de los deberes.

2. El trabajo: la caridad pastoral.

Éste es un aspecto más asimilado y más percibido por los demás. La importancia que tiene en nuestra vida se comprende fácilmente por un conjunto de hechos de alcance real y simbólico: la raíz campesina y las primeras experiencias de Don Bosco, los protagonistas y el tono de las experiencias de los orígenes, la profesión de pobreza, la clase obrera a la que dedicamos nuestros cuidados preferenciales. El trabajo es el contenido principal de nuestros programas de educación en las escuelas profesionales y técnicas, es nuestra forma de inserción en la sociedad y en la cultura. Marca el rasgo casi fundamental del salesiano: el salesiano es un trabajador. Don Cagliero decía con una expresión fuerte: “quien no trabaja no es salesiano”.

Sirven como síntesis dos hechos: la mención del trabajo en el lema, donde se debieron elegir sólo “dos” palabras, y las últimas palabras de Don Bosco: “Les recomiendo: trabajo, trabajo, trabajo”.

Algunas aclaraciones, sin embargo, no son superfluas. Para Don Bosco el trabajo no es la simple ocupación del tiempo, en cualquier actividad, aunque acaso sea fatigosa; sino la entrega a la misión con todas las capacidades y a tiempo pleno. En este sentido no comprende sólo el trabajo manual, sino también el intelectual y el apostólico. Trabaja quien escribe, quien confiesa, quien predica, quien estudia, quien ordena la casa. El trabajo se caracteriza por la obediencia, por la caridad pastoral, por la recta intención y por el sentido comunitario. Por tanto, no agitación, movimiento por la imposibilidad de estar inactivos; sino finalidad, opción, ordenación de las acciones. Hay que decir aun que en la voz “trabajo” hay una gran referencia a la manualidad y practicidad. El salesiano aprende a trabajar con las manos y se encuentra bien aun haciendo trabajos “humildes”: domésticos, materiales. Pero es verdad que el gran “trabajo” es dedicarse a la educación “cristiana” de los jóvenes.

La caridad pastoral, que orienta el trabajo, puede manifestarse con impulsos espontáneos y generosos. Pero la cosa más común es que deba comprometerse a largo plazo en una obra paciente y cotidiana, para hacer crecer a las personas y animar las comunidades.

Más que una actitud de bondad o algún gesto de simpatía, es una praxis: una forma constante de obrar con competencia en un ámbito, semejante a la praxis política, social, médica. Todas suponen una acción coherente, pensada y proyectada. Esto requiere de nosotros algunas actitudes y algunas capacidades permanentes. Y es éste el trabajo que acaba por modelar la fisonomía espiritual de la persona.

³⁵ Rm. 8, 26-27.

El gusto por el trabajo está, en primer lugar, en el “corazón” pastoral: la voluntad, el lanzarse, el deseo de trabajar, el encontrar gusto en las empresas pastorales, el estar dispuesto, el darse como quien goza, el considerar proporcionadas todas las fatigas, el sentirse atraído por los que tienen necesidad, el superar fácilmente pequeñas frustraciones, el no desertar, el hacer frente a riesgos y dificultades como si se tratase de cosas pequeñas. Su contrario es la indiferencia, la peraza pastoral, el ir a los momentos y deberes pastorales como hacia un sufrimiento o como una obligación que hay que despachar lo más deprisa posible.

Pero, además del “corazón”, el trabajo, guiado por la caridad, exige y desarrolla el sentido pastoral. El sentido pastoral es como el sentido artístico o de los negocios. Es casi una intuición, un modo de colocarse rápidamente frente a una situación. Viendo algunas obras escolares u oratorianas, se percibe enseguida si la comunidad tiene el “sentido” pastoral, por la orientación de las actividades y el tono de las relaciones. En algunas partes aparece en primer plano el sentido económico, el organizativo o el disciplinar.

El sentido pastoral consiste en detenerse a valorar las cosas desde el punto de vista de la salvación de la persona; en el orientarse bien en la lectura de los acontecimientos, en el tener criterios-clave o puntos de referencia válidos para pensar y programar una actividad, de tal modo que las personas crezcan humanamente y logren hacerse conscientes de la presencia de Dios Padre en su existencia.

El trabajo nos lleva a adquirir y desarrollar la capacidad pastoral; es una preparación profesional específica, que la caridad pastoral requiere, por la que hemos aprendido y nos perfeccionamos en el motivar, instruir, santificar, animar. Nos hacemos capaces de comprender un contexto, de elaborar un proyecto que responda a sus urgencias y de realizarlo, teniendo en cuenta también el elemento invisible e imponderable que se da siempre en el trabajo pastoral.

Por último, comprende la **creatividad pastoral**: es aquella actitud mental y práctica que lleva a encontrar soluciones originales a problemas y situaciones nuevas. Don Bosco concibió un proyecto para los muchachos de la calle, mientras las parroquias continuaban con el catecismo “regular”. Muy pronto, se dio cuenta de que los muchachos no estaban preparados para el trabajo ni protegidos en él, pensó en una solución “pequeña” y “casera”, que luego creció: los contratos de trabajo, los talleres, las escuelas profesionales. Y así para otras necesidades, como la casa, la instrucción.

Don Ceria indica este rasgo como característico del espíritu salesiano: “El primer rasgo, el que salta más a la vista de todos es una prodigiosa actividad tanto individual como colectiva”.³⁶

El mismo rasgo ha sido mencionado también en las Constituciones: “La caridad pastoral... caracterizada por aquel dinamismo juvenil que tan fuerte aparecía en los orígenes de nuestra Sociedad...”.³⁷

Trabajo quiere decir empleo del tiempo y de los recursos del modo mejor, atención a nuestro desarrollo en todas sus posibilidades, prudencia en las opciones, dedicación plena.

3. Templanza.

La espiritualidad comporta también la dimensión ascética, de resistencia o combate espiritual, representado, en la Exhortación Apostólica Vita Consecrata, bajo el ícono de Jacob que lucha con el Ángel. “La ascesis, ayudando a dominar y corregir las tendencias de la naturaleza humana herida por el pecado, es verdaderamente indispensable a la persona consagrada para permanecer fiel a la propia vocación y seguir a Jesús por el camino de la Cruz”.³⁸

³⁶ E. CERIA, Annali della Società Salesiana, Vol. I, Cap. LXVII, pág. 722.

³⁷ Const. SDB 10 y 19.

³⁸ JUAN PABLO II, Vita Consecrata, 38.

Va unida a la dimensión penitencial que es esencial para la madurez cristiana. Sin ella es imposible tanto el comienzo como el camino posterior de conversión: ésta consiste en asumir algo y dejar muchas cosas, optar y cortar, destruir cosas o costumbres viejas o inútiles y dejarse reconstruir. En tal sentido, nos hablan las historias de Abrahán y de los apóstoles.

Se trata de un aspecto no muy congenial con la sensibilidad corriente que tiende a la satisfacción de los deseos y la justifica. Cada carisma tiene una tradición ascética coherente con el propio estilo espiritual en el salesiano, la fórmula que la resume es “caetera tolle”: deja lo demás, ordena lo demás a esto, es decir, al “da mihi animas”, a la posibilidad de vivir interiormente y de expresar el amor a los jóvenes, apartándolos de las situaciones que les impiden vivir. Son dos aspectos correlativos.

Aspecto importante de esta ascesis es dar unidad a la persona, integrando en el proyecto de vida en Dios algunas tendencias que, desarrolladas de forma autónoma, ponen en peligro la calidad de la experiencia espiritual y las finalidades de la misión: como son una búsqueda excesiva de la eficacia y de la profesionalidad separadas de las finalidades pastorales, la secularización de la mentalidad y del estilo de vida, las formas, aunque medio ocultas, de afirmación excesiva de la peculiaridad cultural.³⁹

El “caetera tolle” deja u ordena lo demás, tiene su expresión cotidiana, no única, en la templanza ‘salesiana’. Digo ‘salesiana’, porque, en nuestra historia y en nuestros textos se ha cargado de algunas referencias muy características.

La templanza es aquella virtud cardinal que modera los impulsos, las palabras y los actos según la razón y las exigencias de la vida cristiana. Alrededor de ella giran la continencia, la humildad, la sobriedad, la sencillez, la austeridad. En el Sistema Preventivo, las mismas realidades están incluidas en la razón. Sus manifestaciones en la vida cotidiana son: el equilibrio, es decir, la medida en todo; una conveniente disciplina, la capacidad de colaboración, la calma interior y exterior, una relación con todos, pero especialmente con los jóvenes, serena y con autoridad moral.

Templanza es, sobre todo, “estado atlético” permanente para cualquier demanda a favor de los jóvenes; hacerse y mantenerse libres de ataduras demasiado condicionantes, del peso de los gustos y de exigencias personales que crean dependencias: “un atleta se impone toda clase de privaciones; ellos para ganar una corona que se marchita; nosotros, en cambio, una que no se marchita. Por eso yo corro, pero no al azar, peleo, pero no contra el aire...”.⁴⁰

La templanza se aplica en el trabajo: es el orden por el que las acciones tienen una motivación en las finalidades y una prioridad; se dominan y se regulan tanto las ambiciones personales como las ambiciones “apostólicas”; se requiere de los demás lo justo y no lo que es excesivo o que serviría sólo para nuestra comodidad; se hace de modo que el trabajo no elimine la oración ni las relaciones fraternas. Hay que ser temperantes en el movimiento, en las salidas, en la búsqueda de dinero, en el deseo de acabar una cosa para comenzar otra; en el dominio de la propia acción, aunque sólo sea para que no termine por dominarnos como si tratara de un engranaje.

La templanza se aplica en la vida fraterna; es más, sin ella no es posible una buena relación comunitaria.⁴¹ El amor fraterno implica dominio de sí, esfuerzo de atención, control de sentimientos espontáneos, superación de conflictos, comprensión de los sufrimientos de los demás. Es todo un ejercicio de salir de sí mismo y de cambiar la propia orientación. Para nosotros está también el esfuerzo de demostrarlo en forma comprensible: un afecto que sabe provocar correspondencia por el bien del otro.

³⁹ Ibid. 38.

⁴⁰ 1 Cor. 9, 25-27.

⁴¹ Const. SDB 90.

La templanza se aplica al estilo de vida personal: relaciones proporcionadas a la misión; uso y praxis de bienes de consumo (vehículos, aparatos); tiempo de distensión y vacaciones; interioridad vigilada y purificada.

La templanza se aplica también a la oración y a la contemplación: es la fe que no exige ver ni sentir; que, cuando “siente” no se aferra al gusto. Los autores hablan de deseo inmoderado de “consolación”.

Todo esto puede parecer demasiado ordinario, como dimensión ascética, y casi alegre frente a la seriedad de la llamada a la conversión y a la radicalidad. Don Bosco expresó esta aparente contradicción con el sueño de la pérgola de rosas.⁴² Los salesianos/as caminan sobre los pétalos. Todos piensan que se divierten. Y de hecho son “felices”. Punzados por las espinas no pierden la alegría. También esto es ascesis: la sencillez, la buena cara, el no montar escenas. Responde al consejo evangélico: cuando ayunen, no anden tristes, sino perfúmense la cabeza y lávense la cara”.⁴³

⁴² MBe VII, 289-290.

⁴³ Mt. 6, 16-17.